

y un ánimo muy noble, sospechó lo que podía ser: y llamándole en una ocasion de secreto, le pidió le declarase quién era, aunque fuese de los rebeldes, porque él le alcanzaria perdon. Marco, echándolo en risa, negó quién era; pero Bárbula, para obligarle mas á declararse, dijo que le queria llevar consigo á Roma, donde sin duda le habian de conocer si era de los rebeldes y sentenciados por traidores. Respondió Marco que de muy buena gana iria, pensando que con el diverso estado no le conocerian. Pero apenas llegaron á Roma, cuando estando Marco esperando á su amo á la puerta de un cónsul, fue conocido de un ciudadano romano, que se lo avisó luego en secreto á Bárbula, el cual anduvo tan prudente que, sin decirle cosa alguna á su esclavo fingido, se fué á Agripa, para que por su medio recabase el perdon de Augusto César, el cual le concedió de buena gana, quedando Augusto tan pagado de Marco, que le tuvo por muy privado y amigo. No mucho despues siguiendo Bárbula el partido de Marco Antonio fue preso en la batalla Actiática, y comprado entre algunos otros esclavos de Marco, sin saberlo él; pero reconociendo que era su amo antiguo, fué luego á recabar el perdon del emperador Augusto, con lo cual le pagó la buena obra que habia recibido. ¿Quién no ve los arcaduces secretos por donde se derivan los bienes y se truecan las fortunas? Marco tuvo la dignidad de pretor, y luego fue esclavo, y luego amigo del César, y luego redentor de su mismo redentor, llegando por la pérdida y cautiverio á mayor excelencia que alcanzara por fortuna. Mientras dura la vida no hay desdicha sin esperanza, y muchos males vienen cargados de bienes, aun mirando las cosas dentro de sus límites y disposicion natural de ellas; porque si las miramos como debemos mirar, con la esperanza divina que debemos tener, no hay mal desahuciado. ¿Á qué términos mas apretados puede llegar uno que á sacarle á ajusticiar con consentimiento de todos, como llegó Susana? Pero en el mismo camino del suplicio deparó Dios medio con que saliese con vida y honra, convirtiendo la injusta infamia que habia padecido en mayor respeto y admiracion de su virtud. Daniel ¿qué remedio humano tuvo cuando fue echado en una leonera de hambrientos leones? Pero aun donde no habia remedio halló alivio. Tambien los tres mancebos que fueron arrojados en un horno de fuego en Babilonia hallaron (donde no se podia esperar sino la muerte acelerada) refrigerio, contento y vida. David, cuando se vió cercado de los soldados de Saul, ya desesperaba; mas en un momento salió de su peligro. No hay mal en esta vida al cual no pueda aliviar aun la esperanza de esta vida; pero con la esperanza de la otra ¿quién no se recreará? Para que solo temamos los males eternos, que ni tienen alivio, ni esperanza de él, ni posibilidad de remedio.

CAPÍTULO III.

Débase considerar lo que puede uno venir á ser.

Pero para que no presumamos tampoco en las cosas favorables, hemos de sacar otro documento muy importante de esta inconstancia de las cosas, y es no asegurarnos de la prosperidad humana; porque ni el reino, ni el imperio, ni el pontificado aseguran de mayor abatimiento y desdicha, y debe siempre considerar cada uno lo que puede venir á ser, y en lo que podrá venir á parar, como lo hacia el santo Job. No hay fortuna tan alta á la cual no pueda suceder la mas baja y desastrada suerte. Considere un poderoso lo que puede venir á ser, que puede faltarle todo, venir él á pedir limosna. Considere un rey que puede venir á ser un oficial. Considere un emperador que en su misma corte puede venir á ser por la justicia sacado á la vergüenza, y que le tiren el lodo de las calles, y ser ajusticiado públicamente. Considere el papa á lo que puede venir, y que hubo alguno que besó el pié á otro pontífice. Cosas increíbles parecen estas; pues esto mismo piensen todos los mortales, que pueden suceder á ellos cosas que no podrán creer, y que pueden venir á ser lo que nadie tal pensara que pudiera ser: y no se maravillen de ningun suceso, pues no solo el poderoso, el rey, el emperador y el papa puede venir á ser condenado, pero uno que hiciese milagros puede caer en el infierno. Conservémonos todos en humildad, y no confiemos de la prosperidad humana, ni aun de las virtudes mas divinas presumamos, pues puede cada uno venir á ser lo que no se podia pensar.

¿Quién pensara que á un emperador romano le pudieran suceder tales oprobios y afrentas como sucedieron al emperador Andrónico, cuya historia quiero poner aquí para hacer creible lo que no lo pareciera? Escribe Nicetas (1), y lo testifican otros autores, que al tercer año de su imperio fue preso de sus mismos vasallos, y echándole fuertes cadenas y argolla al cuello, y grillos en los piés, le dijeron cuantos baldones quisieron: hombres muy ordinarios dábanle bofetadas en la cara, golpes en el cuerpo, asíanle por mofa de la barba, arrancábanle los pelos de ella, y tirábanle de los cabellos: sacáronle los dientes, azotáronle en las partes que se suele á los niños para mayor afrenta; despues le pusieron en público para que todos los que quisiesen le ultrajasen; hasta las mujeres llegaban á darle bofetadas. Cortáronle luego la mano derecha, y metiéronle en la cárcel pública en un calabozo, donde estaban los mayores ladrones, dejándole sin comer, ni quien le diese un jarro de agua. De allí á pocos dias le sacaron uno de los ojos, luego le subieron en un camello sarnoso, desnudo su cuerpo, y solo cubierto de una túnica muy

(1) Anno 1283. Nicetas Chromades, in Ann. lib. 2 de imp. Andronico.

corta, raida la cabeza y sin barba: pusiéronle vuelto en el camello, de suerte, que llevase en la mano la cola de él en lugar de cetro, y por corona una sogá. De este modo le sacaron á la vergüenza, llevándole así hasta la plaza, en donde el pueblo le hizo tantas ignominias, que no se pueden pensar mayores. Unos le daban en la cabeza con porras, otros le herian los costados con asadores, otros le llenaban las narices de suciedad y estiércol, otros le exprimian en la cabeza esponjas empapadas en orines y excrementos humanos, otros le tiraban tronchos, otros piedras, otros lodo, otros le llamaban de mil nombres. Una mujercilla cogió de prisa de la cocina una olla de agua que estaba hirviendo, y se la echó sobre la cabeza y la cara. No había sastrero, ni zapatero, ni oficial que no se descomediese con su príncipe. Finalmente le colgaron de los piés entre dos columnas para que así muriese, y allí tampoco le perdonaron sus propios cortesanos y vasallos. Uno llegó y le metió la espada hasta las entrañas; otros dos, para probar cuál tenía mejor su espada, lo averiguaron en su cuerpo, atravesándole de parte á parte. Entonces el miserable Emperador, aunque dichosísimo sería si se salvó, por enjugar su boca seca, llegó á ella (aunque con gran dificultad) su mano cortada, para que siquiera se mojase con la sangre que aun corría de ella. De esta manera acabó aquel Monarca del Oriente, pero no acabaron sus ignominias; porque despues de muerto se lo dejaron algunos dias en la horca infamemente, hasta que le quitaron de allí mas por quitar el horror á los vivos que por compasion del muerto; y así se lo dejaron por enterar enteramente como á un perro rabioso.

Considérese en este espejo qué son las cosas de esta vida, y á lo que puede llegar una dicha. Cotéjese Andrónico con Andrónico. Andrónico, emperador augusto, y Andrónico preso y ajusticiado públicamente. Aquel que vestía rica púrpura, á quien adoraban las naciones, que mandaba todo el Oriente, que ceñía sus sienes con diadema preciosa, y empuñaba cetro de oro, y las preciosas margaritas traía en sus zapatos; á este se atreven los zapateros, los carniceros, y los ganapanes y picaros de la plaza de su imperial corte, y echan en su cara suciedades, y dan bofetones en un carrillo y otro. ¿Quién creyera que aquel que era visto á deseo, cuando salía por las calles de Constantinopla en carroza imperial hecha una ascua de oro, acompañado de lucidas guardas, excelentes capitanes y los príncipes de sus reinos, despues fuese de ellos mismos, aunque le habían jurado guardar fe y lealtad, puesto á la vergüenza y baldonado ignominiosamente? Finalmente, aquel que mandó ajusticiar á tantos, vino á ser mas ajusticiado afrentosamente que ninguno. ¿Quién pudiera imaginar que tan de repente pudiesen suceder tales extremos en un mismo sujeto, y que tan alta dicha viniese á fenecer tan desdichadamente? Basta esto para despreciar estos bienes temporales y toda dicha humana, que no solo pasa con el tiempo, sino que se trueca con el mismo tiempo en desdicha mas desdichada, que fue dichosa su suerte.

¿Cómo puede merecer estima la fortuna mayor, pues no da seguridad, y está expuesta á tantas miserias, que tanto mas se sienten, cuanto se padecen, cuando se pensó estaban mas léjos en la felicidad antecedente? Púedese añadir aquí otra consideracion de no pequeño provecho. Si este Emperador se vino á salvar por tan enormes afrentas y tormentos, ¿qué daño le hicieron? ¿Qué importa haber sido tan desdichado en esta vida, si en la otra vino á ser tan dichoso? Dejó bastantes señales de su contricion; porque en tan acerbo tratamiento, y tragedia tan lamentable y nunca oída, no dió señal de impaciencia, ni habló otras palabras sino estas (1): *Señor, tened misericordia de mí.* Y á los que le injuriaban y herian tan acerbamente solo decia: *¿Por qué quebráis á esta caña cascada?* Por cierto, si se supo aprovechar, como parece, de esta miseria, fue mas dichoso por ella que por el imperio que poseyó. Lo eterno es lo que importa, que la fortuna del imperio y la miseria de sus ignominias ya se pasaron.

Mayor emperador fue Vitelio, pues no solo el Oriente, pero el Occidente, le reconoció por su señor y monarca del mundo: fueron sin cuenta las riquezas que poseyó; el oro le sobraba como á otros las piedras de la calle. En Roma era aclamado por augusto, y engrandecido con insignes renombres (2): parecia que era todo lo que pudo ser, menos que Dios. ¿En qué paró esta majestad? En la mayor infamia del mundo; porque echándole una sogá en la garganta, y atadas atrás las manos, y cortadas y rompidas sus vestiduras, puesto un puñal debajo de la barba, le sacaron á la vergüenza por las calles de Roma, diciéndole mil injurias, y tirándole cieno en las barbas, hasta que en la plaza le mataron, y le arrojaron en las escalas gemonias, donde echaban los cuerpos de los facinerosos que no era licito enterrar. ¡Caso extraño! ¿Para qué fines se crian algunos hombres? ¡La costa que hace una vida para venir á parar en tan desastrada muerte! Quien supiese el fin de Andrónico y Vitelio, y los viese nacer, criar, estudiar, pretender, vestir sedas y oro, pasear, reir, aclamarlos por emperadores, dijera en su corazon: ¿tanta prevencion era menester para tal fin? Locura es la grandeza humana, pues ha de parar, ó por lo menos puede parar, en tan desastrado remate. Con razon dijo Arquímedes que mas seguro era fiarse de las sombras que de las cosas humanas. ¿Quién imaginara que podía tener tal fin como tuvo el emperador Valeriano, al cual como una fiera le encerró en una jaula el rey de Persia, sirviéndose de él en lugar de apoyo cuando habia de subir á caballo, y despues desollándole las espaldas se las saló como cecina? Cotéjese aquí qué estados tan diferentes pudieron caber en un emperador romano. Quien le viera á Valeriano en un caballo brioso con jaeces de oro, vestido él de su púrpura, coronado con

(1) Domine, miserere mei. Ut quid calamum contritum infringitis? Nicetas supra.

(2) Fulgos. lib. 6.

imperial diadema, adorado de las gentes, mandando á los reinos, y despues ese mismo tratado como fiera: el que era antes como un dios, enjaulado ó puesto debajo de los piés de un rey bárbaro. Tan contrarias suertes caben en la vida humana, para que no fiemos de ninguna felicidad de la vida.

§ II.

Aun mas inopinable parece lo que sucedió al papa Juan XXIII, que despues del sumo pontificado que poseyó cuatro años, habiéndole besado el pié muchas veces los príncipes de Europa y los Cardenales, vino él á besar el pié á otro pontífice, y á tener por gran merced que le hiciese cardenal, habiendo él dado esa dignidad á muchos. Cosa increíble parece; pero es historia verdadera. Tan extraños casos ha causado la mutabilidad é inconstancia de las cosas temporales, que la imaginacion no se atreviera á fingirlos. ¿Quién imaginara que este Sumo Pontífice habia de venir á ser preso, como lo fue en el concilio Constanciense, que se juntó para pacificar el cisma de la Iglesia? Allí fue privado de su dignidad, confirmando él mismo su deposicion: pasó en la cárcel gran necesidad, aprieto y penas, de la cual se escapó, y anduvo fugitivo hasta que tomó tan buen consejo como ir á ponerse en las manos del sumo pontífice Martino V, que fue electo despues de su deposicion. Tenia consigo el papa Martino muchos cardenales que habia hecho Juan, y fue raro espectáculo que estos mismos le viesen privado, no solo del sumo pontificado, sino del capelo cardenalicio, pidiendo misericordia á otro pontífice, y reconociéndole por tal, estimando por dicha grande que le diese de nuevo el capelo. Á esto puede llegar la inestabilidad de los bienes temporales. En lo que vino á parar el emperador Zenon ¿quién lo pudiera imaginar? Despues de muchos años que estuvo gozando todos los regalos de la fortuna del mundo, vino á tanta necesidad, que de hambre se comió las calzas y las propias carnes de los brazos. Entendiéndose que habia muerto este Emperador, le enterraron en una bóveda; mas, volviendo en sí, dió voces, nombrando á los de su guarda y á otros criados por sus nombres; pero aunque fue oido, ninguno le socorrió, allí se quedó sepultado vivo, no aprovechando para sustentar la vida aun sus propias carnes, como escribe Cedreno (1). Este caso ¿quién le pudiera creer, ni cómo posible el ejecutarse? Pero las miserias á que puede venir el mas dichoso son mas de las que se pueden pensar.

La gloria y riquezas de Belisario fueron mayores que las de muchos reyes (2). Pasmó al mundo su valor y esfuerzo, venció muchas veces á los godos, y prendió á su rey: acabó con los vándalos, á cuyo rey Gili-

(1) Cedr. in comp. histor. Baron. ad ann. 401. — (2) V. Petrum Mex. in vita Justin. Crinitum, et Volaterranum.

mer tambien prendió y triunfó de él: conquistó á África y Sicilia. En el Oriente tambien triunfó de los persas: sus riquezas fueron tan grandes, que en una hora adquirió cuanto cogieron los vándalos en mas de ochenta años (1). ¿Quién creyera que este capitán tan rico y de los mas gloriosos del mundo, viniese á ser un pobre ciego, que anduviese á pedir limosna en la iglesia de Santa Sofia y en otras partes públicas, que aunque fuese por necesidad fingida es caso bien trágico? Muy rico reino poseia en Sicilia Dionisio el II (2); pero ¿quién dijera que un rey podia venir á tal necesidad, que hubiese de poner escuela, y hacerse maestro de niños para pasar la vida? ¿Quién no se maravillara de la falsedad del mundo, que viese á este Rey en su palacio real rodeado de criados y grandezas, y con el cetro en su diestra, y despues le viese en su escuela rodeado de muchachos con el azote en la mano? ¿Qué diré del rey Adonibezec, vencedor de setenta reyes (3), y él últimamente vino á ser vil esclavo, y para mayor ignominia le cortaron las extremidades de las manos y de los piés? Tambien en nuestra España tenemos á la reina Gisuinda (4), querida y estimada del rey Leovigildo su marido, la cual vino á ser ajusticiada públicamente en la plaza de Toledo, donde la dieron garrote. No es de menor admiracion lo que sucedió á la emperatriz Maria, mujer del emperador Oton III, que vino á ser quemada por justicia, como lo refiere Gotefrido Viterbiense (5). El caso es digno de memoria, y así le contaré aquí. Pasando estos Príncipes por junto á Módena, se enamoró la Emperatriz de un conde muy gentil hombre y dispuesto en el cuerpo; pero mucho mas compuesto en su alma, y así despidió los recados y sollicitacion de aquella Princesa; la cual, como se viese burlada, llena de cólera y saña levantóle lo que la ama de José, que la habia querido violar: por lo cual el Emperador le condenó á muerte, y así le degollaron luego. Cuando supo el suceso la mujer del conde, con ánimo varonil y confiada, porque estaba satisfecha de la bondad é inocencia de su marido, cogió la cabeza, y se fué á pedir justicia al Emperador contra él mismo; y así, cuando estaba dando audiencia, arrojó en medio la cabeza del conde, y acusó al Emperador de injusto juez, pidiéndole justicia de su propia persona, diciendo que ella se ofrecia á la prueba, que se usaba antiguamente, de un hierro hecho ascua; á lo cual vino bien el César. Encendido el hierro, diéronsele á la condesa, la cual le tomó en las manos sin quemarse, manoseándole como si fuera un ramillete de flores: lo cual visto por el Emperador, se dió por condenado. Pero no satisfecha con esto la condesa, clamaba que, si se conocia por culpado, que muriese, pues habia muerto á un inocente; y no la pudieron contentar hasta que se dió sentencia contra la Emperatriz, que fue

(1) Egnat. lib. 6, tom. 10. — (2) Pontan. lib. 2, cap. 8 de For. Dom.

(3) Judic. I. — (4) Maxim. n. 589. — (5) Gotef. Viterbi. V. Chro. Cariolani ad ann. 668.

la autora de aquella maldad, condenándola á ser quemada, ejecutándose sentencia tan infame en tan poderosa princesa, mujer de tan grande Emperador, é hija del Rey de Aragon; porque ni las coronas ni cetros están seguros de la inconstancia de las mudanzas humanas. Bien dijo san Gregorio Nazianceno (1) que mas se podia fiar del viento y de unas letras escritas en el agua que de la felicidad humana.

§ III.

Todo lo que hasta aqui hemos dicho son mudanzas, no caidas: lo que hemos de temblar mas es, que aun en la santidad y virtud puede mudarse uno; y esto solo será caer, por bajar del estado de la gracia al del pecado: porque estas otras mudanzas de fortuna no se pueden llamar caidas, sino truecos. Nadie puede caer de lo mas infimo; y muy infima y baja cosa es la felicidad humana, y quien la muda no cae de alto estado, sino le muda, y por ventura en mejor. Las verdaderas caidas son las espirituales; y nos ha de asombrar ver que en esta parte estamos tambien expuestos á mudanzas, si bien este consuelo podemos tener, que las mudanzas de los bienes corporales no están en nuestra mano, pero las de los espirituales sí. La hacienda, aunque uno no quiera, se la pueden quitar; la gracia no: la honra se pierde contra la voluntad de uno; la virtud no puede perderse si uno no quiere. Los bienes corporales son los que se quitan, los que se roban, los que perecen, los que de mil modos se pierden; los espirituales solo pueden dejarse, y su pérdida no es otra sino desampararlos con el pecado quien los tiene. Esto, pues, nos ha de hacer temblar que se pierdan porque los queramos perder, y que sin ser mudables se mudan, por ser nosotros mudables. Es tambien gran lástima lo que ha sucedido en esta parte. San Pedro Damiano escribe (2) que conoció á un monje en la ciudad de Benevento, que se llamaba Madelmo, el cual llegó á tan grande santidad, que habiendo echado aceite un Sábado Santo á mas de una docena de lámparas, y faltándole el aceite para la postrera, la llenó con gran fe de agua, y luego la encendió con todas las demás, y ardió toda la noche de la misma manera como las que estaban llenas de aceite. Otras maravillas semejantes habia obrado por el Nuestro Señor, por lo cual era muy estimado del príncipe de aquella ciudad y de todos sus ciudadanos. Pero este hombre tan milagroso y venerado de todos ¿en qué vino á parar? ¡Rara mudanza! Que dejándole Dios de su mano, cayó en tanta deshonestidad, que fue preso y azotado públicamente, y para mayor afrenta le rayeron todo el cabello á navaja. Lastimosa tragedia es la vida humana, pues se ven en ella extremos tan contrarios. No hay que decir: ¿quién pensara que tal cosa habia de suceder? pues vemos suceder lo que nadie podia

(1) Nazian. Damas. Paral. cap. 10. — (2) Petr. Damian. lib. 1, cap. 10.

pensar. El mismo san Pedro Damiano escribe (1) que en la misma ciudad de Benevento hubo un sacerdote tan gran siervo de Dios, que cuando celebraba cada dia, veia el príncipe de Benevento que venia un Ángel del cielo, y tomaba de sus manos los divinos misterios para ofrecerlos al Señor, como se dice en el Cánón. Pues este hombre tan favorecido del cielo cayó tambien en vicio semejante, para que teman todos, y nadie se asegure en ningun estado.

San Juan Clímaco escribe tambien (2) de aquel mancebo de quien se lee en la vida de los Padres que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á los asnos salvajes, y los hacia servir en el monasterio á los monjes, al cual comparó el bienaventurado san Antonio á un navio cargado de ricas mercaderías, y puesto en medio del mar, cuyo fin no se sabia. Pues este mozo tan ferviente vino despues á caer miserablemente; y estando él llorando su pecado dijo á unos monjes que por allí pasaron: Decid al viejo (esto es á san Antonio) que ruegue á Dios me quiera conceder diez dias de penitencia. Oido esto, lloró el santo varon, y arrancándose los cabellos de la cabeza, dijo: Una grande columna de la Iglesia ha caido; y pasados cinco dias murió el monje. De manera que el que primero mandaba á las bestias y fieras fue derribado y burlado del demonio, y el que poco antes se mantenía con pan del cielo fue despues privado de este tan gran beneficio.

Tambien es lastimoso caso el que cuenta Heraclides (3) de Heran Alejandrino, que habiendo florecido muchos años en grande virtud y fama de santidad, vino á dejarlo todo y á trocarse de tal manera, que se andaba por las casas públicas. De la misma manera Ptolomeo Egipcio (4), despues de haber estado en el yermo quince años pasándose con solo pan y el rocío del cielo, y en continua oracion, vino á dejarlo todo y hacer una vida escandalosa. Si miramos á las sagradas Letras, mayores mudanzas hallaremos y mas lastimosas caidas. ¿Quién pensara que Saul escogido de Dios por muy bueno, siendo muy humilde y paciente, habia de parar en una soberbia luciferina y en un rencor mortal contra el hombre mejor de Israel? ¿Quién pensara que hombre tan sábio y religioso como Salomon habia de parar en hacer templos á los dioses falsos engañado de unas mujercillas? Finalmente, ¿quién pensara que un apóstol de Cristo habia de parar desesperado ahorcándose á sí mismo? ¿Qué hombre puede haber que presuma de sí, y no se espante de lo que puede venir á ser?

(1) Petr. Damian. lib. 1, cap. 10. — (2) Climac. gra. 15. — (3) Herac. in Parad. Fulgos. lib. 6. — (4) Andreas Eboren. exemp. memor. tom. 2 de mor. et for. mutat.